



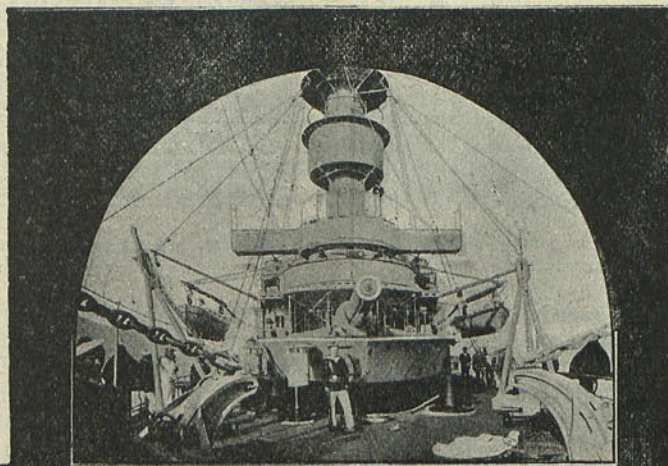
La vida en un navío de guerra

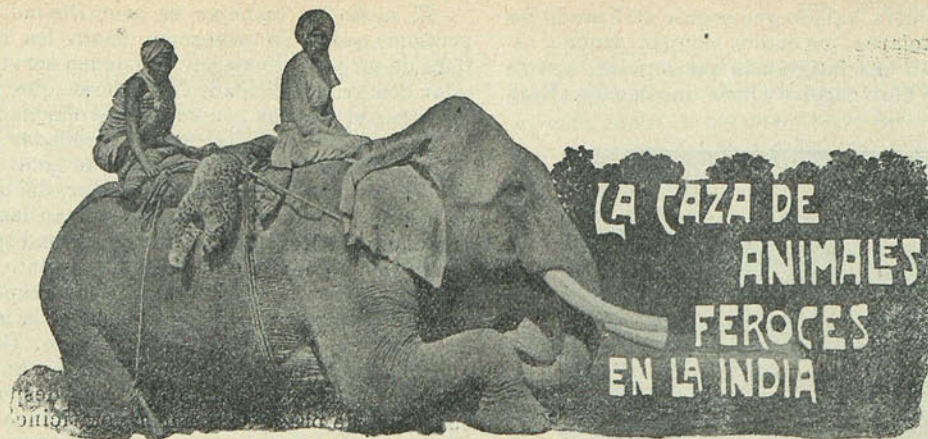
La fantasía popular creó la leyenda de Juan Bart, fumando tranquilamente su pipa sobre un barril de pólvora. La figura del temerario corsario de Dunkerque, mostrando con su imprudencia el desprecio á la muerte, parece ser el símbolo de los arriesgados tripulantes de la marina de guerra moderna. El acceso á la Santa Bárbara, ó sea á los paños de pólvora y municiones, está, en los barcos de guerra, restringido y sujeto á severas pres-

cripciones. Solo pueden penetrar en ellos con los pies desnudos, estando prohibido llevar ningún objeto metálico cuyo roce pudiese dar lugar á chispas.

La pólvora negra, que hasta los últimos años del siglo pasado, fué la única carga de todos los cañones, es tan inflamable, que, á pesar de las minuciosas precauciones tomadas en todo tiempo, fué causa de terribles catástrofes.

La pólvora sin humo, se descompone bajo el efecto del





El tigre es un animal muy comedido que prefiere las incertidumbres y sobresaltos del destierro á las turturas del hambre. Esta y el hombre, no son los únicos enemigos que acechan constantemente al feroz felino: un célebre cazador cuenta una lucha presenciada entre un tigre y un rinoceronte, que terminó con la muerte de ambos contendientes. Un curioso perro salvaje, el *Cyon rutilus*, poco conocido pero feroz, cu-

los habitantes del país demandan el auxilio oficial para exterminarlo, y muy pronto los oficiales ingleses, advertidos por la famosa compañía de caza de la India central, acuden á los contornos frecuentados por el tigre, con sus equipos de elefantes.

El inglés caza el tigre en todas partes, lo mismo en los distritos más salvajes de la India oriental, que en las vertientes del Himalaya apestadas por la fiebre.



Gigantes contra monstruos.—Rinoceronte muerto en una batida.

yas costumbres describió tan magistralmente Kipling, ataca también denodadamente al tigre. Vive en numerosas manadas y cuando ataca al tigre no deja rastro de él.

Los naturales del país, que conocen toda la vida misteriosa de los bosques de la India, afirman que el tigre deja el campo libre á sus enemigos; la presencia de éstos en algún paraje frecuentado por los tigres, es señal precursora de su emigración.

Cuando algún paraje es asolado por el feroz felino,

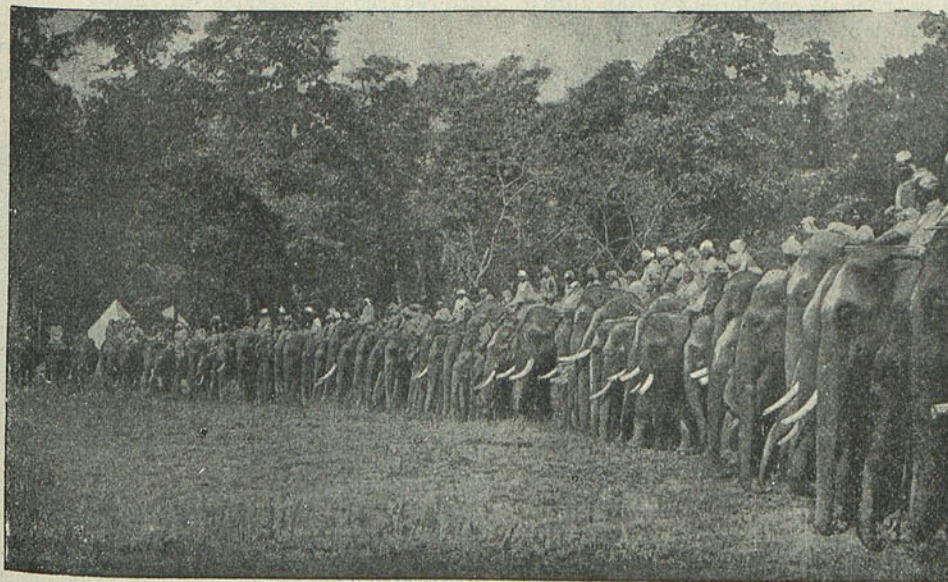
Los intrépidos cazadores, no obstante, cruzan los peligrosos parajes en la espera de obtener magníficas pieles abigarradas.

Estas grandes cacerías, ruinosas á causa de los gastos que supone movilizar y mantener tan gran número de elefantes y cazadores, tropiezan con grandes obstáculos; los indígenas, movidos por un terror supersticioso, con gran repugnancia dan á los europeos informes de las piezas acorraladas.

En la Indo-China, y en la Malasia, otros escrúpu-

los mueven á sus habitantes. Unos creen que el alma de los ascetas logra alojamiento en el cuerpo de los tigres; otros, reconocen al merodeador de los bosques

La gran caza del tigre, la que ofrecen á sus visitantes los príncipes indios ó las potentes y ricas compañías de caza, es un sport cuya magnificencia difi-



Un formidable equipo de caza.—La prolongada línea circular de colosos, constituye un espectáculo único del que difícilmente podrán hacerse cargo nuestros lectores. Lástima grande que el fotógrafo no pudiese sorprender el momento en que el tigre, encerrado en un círculo apretado de colmillos y armas de fuego, busca con ojos inflamados un hueco para escapar.

un poder misterioso contra el cual es impío luchar; todos ven en él la encarnación del demonio de la no-

cilmente comprenderá el que no haya presenciado una de estas cacerías.



Tigre joven de Bengala muerto en una cacería.—Al contemplar este tigre de pelaje cebrado, se comprende el estremecimiento que produce á los más valerosos cazadores, ver de repente surgir á su frente la bella y á la par temible fiera, saltando graciosamente, presta á destrozarles de un zarpazo si el primer tiro no la deja fuera de combate.

che, pues jamás, aunque el hambre lo enloquezca, el tigre hace presa mientras el sol esté en horizonte.

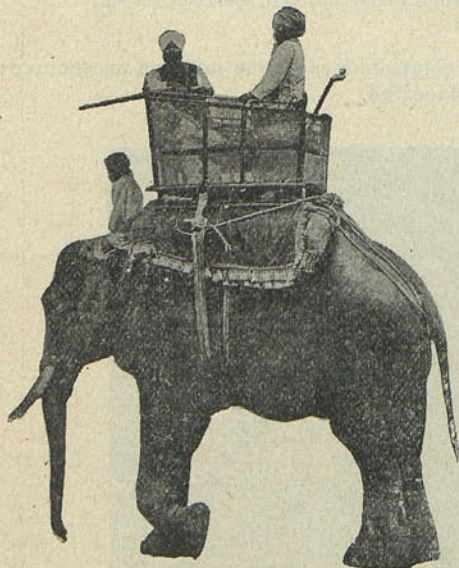
Es una noble diversión, regulada escrupulosamente como una danza ó una cacería á la carrera prepara-

da y dirigida por un indio, el «shikari» que arriesga su vida cada noche, vigilando al tigre, enterándose de su costumbre, de los lugares que frecuenta. El shikari es en estas cacerías un engranaje indispensable: él es quien dirige la tropa de ojeadores y quien abre ó cierra el círculo formidable de elefantes, donde deberá hallarse el tigre cuando se aproxima al desenlace. Si durante la cacería se produce un accidente, estad seguros de que el shikari no habrá sido escuchado, que se habrán descuidado sus instrucciones, pues su estrategia es matemática.

El éxito de la caza no depende solamente de los shikaris; los elefantes y sus formidables apéndices de marfil, son elementos de gran valor para la última escena de la cacería.

El adiestramiento de los elefantes en la caza del tigre es tarea larga y muestra una gran constancia por parte del cazador. La vista del tigre, su olor particular, son cosas á las que el elefante no se habitúa con facilidad. La fuerza, la talla y el sexo de los elefantes, nada dice sobre sus futuras condiciones para la caza. Se ha visto á pequeñas hembras hacer frente al tigre con admirable sangre fría, mientras muchos gigantescos machos huían de la fiera tan pronto como la veían avanzar hacia ellos.

Todo tirador perfectamente alojado en su «houdah» —palankín descubierto colocado encima el lomo del elefante— está fuera de peligro. Verdad es que no sin un estremecimiento puede verse saltar al tigre hasta



Príncipe indio en su «houdah».

la cabeza del elefante, sintiendo en la piel del rostro el caliente hálito de la furiosa fiera: pero es cierto también que no hay emoción que pueda igualarse á la de estos incidentes de caza.

El verdadero peligro para el cazador, en todo caso está en herir ó matar á un elefante con la bala de gran calibre destinada al tigre.

En las cacerías reales se encuentran á veces reunidos cien elefantes y hasta más; los tigres, asustados por el estridente ruido de los tamstams, huyen azora-

dos por el bosque y solo desembocan en las planicies donde los elefantes se encuentran, obligados por los cazadores. A veces, un gigantesco salto por entre los elefantes puede salvarles la vida, y entonces no hay otro recurso que tirarles «al vuelo».

Si los incidentes de la caza llevan á un rinoceronte al centro del viviente círculo, la caza toma un carácter interesante pues esta fiera no cede en agilidad,



Indígenas indios descuartizando su presa para aprovechar la piel.

fuerza y coraje á ninguna otra. Ciertos ejemplares, tienen cuatro metros de largo por dos de alto; á las ventajas de esta talla gigantesca, se une la de tener armada la cabeza por un cuerno temible y una coraza articulada cuyas gruesas piezas son á prueba de bala ordinaria. Solamente las balas de grueso calibre, de punta de acero, pueden hacer mella en su piel.

Por ello se comprenderá que el rinoceronte es un enemigo más poderoso y temible que el tigre; el elefante lo comprende así; sabe que el potente cuerno del rinoceronte puede despunzarle en un segundo.

Las grandes compañías de caza de la India, pueden ser colocadas entre las instituciones filantrópicas y de utilidad pública. Sus miembros pagan una cuota crecida, y el prorrateo de los gastos de la expedición constituye un gasto importante. Todo esto para destruir animales nocivos á la agricultura y que no respetan más á los hombres y animales domésticos que á los productos del suelo.

El tigre puede colocarse en primera línea entre los devastadores; sigúenle la pantera, el rinoceronte, el elefante salvaje, el búfalo y el oso. La industria de las pieles decrece visiblemente en aquellos países á causa de la constan persecución del hombre.

Aviación y Aerostación

El aeroplano empleado en la estrategia militar

Los viajes aéreos realizados hasta la fecha han comprobado que el problema de la aviación mecánica está pasando, desde el dominio de la teoría, al de la práctica. Es innegable la ventaja que la aviación tiene sobre la aerostación, pero, á pesar de ello, jamás el aeroplano—á lo menos el aeroplano que nosotros